

Argentina: la movilización social entre la crisis local y la crisis global

*Andrés Ruggeri**

RESUMEN

Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 marcaron un punto de inflexión crucial en la historia reciente de Argentina e influyeron notablemente en los debates acerca de los límites de la globalización neoliberal y las respuestas sociales a su imposición a escala mundial. La gigantesca movilización social que se desarrolló en esos días, y que continuó condicionando la vida política del país por largo tiempo, hizo visible una situación de explosividad social que se podía rastrear sin demasiada dificultad en los años anteriores. En los medios académicos de las ciencias sociales, el enorme poder e influjo de la movilización popular atrajo, quizá tardíamente, la atención sobre el fenómeno social que atravesaba el país. En este artículo analizamos los antecedentes inmediatos, el contexto y las características de la inédita movilización social que provocó la caída del gobierno de Fernando de la Rúa y la evolución de los grupos y sectores sociales que la protagonizaron en los años posteriores, hasta el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. A lo largo de este análisis, se ponen en cuestión las categorías de “nuevos movimientos sociales”, utilizadas en general en los medios académicos en torno de la situación social argentina en este periodo, intentando reflexionar sobre las características de los mismos y su relación con las consecuencias profundas de la hegemonía neoliberal, las transformaciones operadas en la clase trabajadora y sus organizaciones y el surgimiento de una inédita movilización social “de derecha” que utiliza la movilización callejera como elemento de presión a favor de sus intereses reales o imaginarios.

PALABRAS CLAVE: Argentina, globalización, neoliberalismo, nuevos movimientos sociales, movilización social, clase trabajadora.

ABSTRACT

The days of 19th and 20th December, 2001 marked a crucial turning point in the recent history of Argentina and significantly influenced the debates about the limits of neoliberal globalization and social responses to their introduction worldwide.

* Licenciado en antropología social por la Universidad de Buenos Aires. Director del Programa Facultad Abierta y autor de varias publicaciones sobre las empresas recuperadas por sus trabajadores.

The massive social mobilization that developed in those days, continued to condition the country's political life for a long time, and made visible a situation of social explosions that could be traced without difficulty to previous years. In the academic social sciences, the enormous power and influence of popular mobilization attracted, perhaps belatedly, attention to the social phenomenon that crossed the country. In this paper we analyze the immediate background, context and characteristics of the unprecedented social mobilization that brought down the government of Fernando de la Rúa and the evolution of social groups and sectors that emerged in the following years, until the government Cristina Fernandez de Kirchner. Throughout this analysis, we question the categories of "new social movements" generally used in academic circles around the social situation in Argentina during this period, trying to reflect on their characteristics and their relationship with the profound consequences of neoliberal hegemony, the transformations in the working class and its organizations, and the emergence of an unprecedented social mobilization "of the right" to use street protest as leverage for real or imagined interests.

KEY WORDS: Argentina, globalization, neoliberalism, new social movements, social mobilization, working class.

Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 marcaron un punto de inflexión crucial en la historia reciente de Argentina e influyeron notablemente en los debates acerca de los límites de la globalización neoliberal y las respuestas sociales a su imposición a escala mundial. La rebelión argentina fue tomada como ejemplo de lucha antiglobalización, como demostración de determinadas teorías político-filosóficas, como muestra de que definitivamente quedaba atrás la hegemonía neoliberal en el continente sudamericano y en otras partes del mundo. La gigantesca movilización social que se desarrolló en esos días, y que continuó condicionando la vida política del país por largo tiempo, hizo visible una situación de explosividad social que se podía rastrear sin demasiada dificultad en los años anteriores. Sin embargo, sorprendió a muchos, incluyendo a sus propios protagonistas (una enorme proporción de la población argentina) y, por supuesto, al gobierno que fue expulsado en esos días, cuyo máximo representante, el entonces presidente Fernando

de la Rúa, todavía no halla mejor explicación para lo sucedido que la conspiración (Boschi, 2007).

En los medios académicos de las ciencias sociales, el enorme poder e influjo de la movilización popular atrajo, quizá tardíamente, la atención de muchos sobre el fenómeno social que atravesaba nuestro país. Proliferaron así trabajos sobre “el ciclo de la protesta” y “los nuevos movimientos sociales” que se habrían generado alrededor o a partir de diciembre de 2001 (Svampa y Pereyra, 2003; Giarraca *et al.*, 2001; Pereyra, 2008; Galafassi, 2004; Palomino, 2003). Estos nuevos movimientos sociales fueron caracterizados generalmente como los movimientos de desocupados o piqueteros, las asambleas populares vecinales y las fábricas y empresas recuperadas. Algunos sumaban a estos tres los efímeros clubes de trueque, pero casi nadie incluía ahí a los “ahorristas”, es decir, los damnificados por el “corralito” que impedía retirar los depósitos bancarios en dólares y que atacaban a golpes de puño y martillo las fachadas de los bancos de todo el país. Las imágenes de los cacerolazos se vieron en los noticieros del mundo, pero las interpretaciones sociológicas sobre los “nuevos movimientos sociales” no se han centrado, por lo general, sobre esta gigantesca movilización, sino especialmente en quienes la continuaron en forma más o menos organizada durante los meses y años siguientes.¹

¿A qué se debe esta disparidad en la apreciación académica y política de los diferentes actores de la revuelta de 2001?, ¿eran realmente “nuevos” los movimientos sociales que eclosionaron a partir de la crisis?, ¿podemos ver en los diferentes actores que protagonizaron el 19 y 20 de diciembre una expresión masiva de tendencias político-sociales que luego se expresaron política y organizativamente en los años siguientes, condicionando a la política estatal y mostrando las nuevas correlaciones de fuerzas sociales, económicas y políticas de la Argentina poscrisis?

¹ Inexplicablemente, todavía escasean los textos que profundicen sobre la enorme movilización de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Hay varios estudios económicos sobre el periodo (Basualdo *et al.*, 2003; entre otros) e innumerables trabajos sobre los movimientos sociales y el periodo inmediatamente posterior, pero la mayoría de los trabajos publicados sobre estas jornadas proceden de periodistas (Bonasso, 2002) o se trata de textos de interpretación filosófico-política de los sucesos, generalmente para apoyar lecturas particulares con el análisis del fenómeno (Colectivo Situaciones, 2002; Dri, 2006).

Analizar estos problemas es importante para poder hacer un balance de esa etapa de movilización sin precedentes y sus consecuencias a corto, mediano y largo plazo. Entendemos que las limitaciones ideológico-teóricas de muchos analistas impiden ver un aspecto importante de lo acontecido en este periodo fundamental de la historia reciente del país, cuyas consecuencias se pueden observar claramente en la situación política desatada a raíz de la crisis entre el gobierno de la presidenta Cristina Fernández y “el campo” en 2008 (que dio paso a una nueva etapa de conflicto en el país) y que tiene puntos de contacto con la polarización social y política que ocurre con claridad en otros países de Latinoamérica. Si por movimientos sociales entendemos sólo aquellos que podemos caracterizar como “de izquierda”, “rebeldes” o “autónomos”, se nos escapará una parte importante de la movilización social de la Argentina de la última década. Nos referimos a lo que podríamos llamar “movimientos sociales de derecha” que, como tales, son más “nuevos” que los otros, menos tradicionales y, por el momento, más poderosos. La derecha argentina disfruta ahora de una propiedad que siempre le había sido esquiva: el dominio de la calle. Si nos concentramos en definir los “movimientos sociales” solamente a partir de características formales o de metodología de acción, forzoso es reconocer que éstos fueron movimientos sociales poderosos en la última década en Argentina. Si estamos en lo cierto, tendremos que retomar algunas variables de análisis más clásicas pero quizá más explicativas que los “nuevos movimientos sociales”, referidas a la dinámica de clases y su relación con la hegemonía cultural, ideológica y política.

EL CONTEXTO DE SURGIMIENTO: EL NEOLIBERALISMO RADICAL ARGENTINO Y LA TRANSFORMACIÓN DE LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD

El esquema neoliberal es posible política y socialmente en Argentina a partir del genocidio de la dictadura de 1976-1983, que intentó suprimir mediante el terror y el exterminio físico a las organizaciones populares y, en especial, desestructurar y disciplinar al movimiento obrero, sentando las bases de una política económica fundada en la preponderancia del capital financiero, el endeudamiento externo y la transformación del Estado en fuente de grandes negocios para grupos económicos locales y trasnacionales. Su continuidad en la

democracia formal posdictatorial se vio multiplicada como parte del proceso de hegemonía neoliberal en el mundo, expresada a partir de la década de 1980 por la crisis del Estado de bienestar en los países desarrollados y la expansión de políticas conservadoras representadas por los gobiernos de Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos. El fin de la Guerra Fría a fines de la década y la consiguiente caída del sistema político económico del llamado “socialismo real” de la Unión Soviética y los países del Este europeo significó el triunfo y la expansión de estas políticas a escala mundial.

A principios de la década de 1990, el Consenso de Washington implantó un decálogo de ideas neoliberales que fueron adoptadas, por lo general, como reglas incuestionables por la mayoría de los gobiernos de la región. En la mayoría de los países latinoamericanos, con el Chile pinochetista como vanguardia sangrienta ya en la década de 1980 (De la Maza, 1995), los llamados planes de ajuste, privatizaciones, achicamiento del Estado y procesos de valorización financiera se dieron en cadena, mostrando un panorama desolador a mediados de la década.

El proceso popularizado como globalización se expresó en América Latina arrasando los viejos Estados de bienestar, arrollando las conquistas de los trabajadores y disciplinando a la sociedad por la vía del desempleo masivo. El neoliberalismo generó en poco tiempo una nueva sociedad y un nuevo modelo de Estado, regresivo y desigual en extremo.

En la Argentina, un país donde el Estado había tomado durante décadas un rol protagónico en la gestión de la economía y en garantizar el funcionamiento de la red de seguridad y asistencia social de la población, esta hegemonía neoliberal mundial fue expresada en forma brutal durante el gobierno de Carlos Menem, quien a partir de su acceso al gobierno, en 1989, puso en práctica una suerte de “neoliberalismo radical”. Las herramientas de transformación del Estado y de sus políticas económicas y sociales fueron relativamente sencillas, siguiendo al pie de la letra el Consenso de Washington y golpeando fuertemente la resistencia del movimiento obrero argentino, derrotando a los sectores combativos y cooptando al esquema de poder a las burocracias sindicales más corruptas y traidoras a su clase (Schorr, 2004; Del Cueto y Luzzi, 2008).

El Estado neoliberal no sólo desarmó el viejo Estado de bienestar, privatizando las empresas públicas y desarmando el grueso del sistema de seguridad social construido por décadas, sino que cambió radicalmente la función del Estado, convirtiéndolo en un aparato con la función casi exclusiva de asegurar los intereses de los grandes grupos económicos. De esta manera, se acentuó (si esto era posible) su fase represiva y se le inutilizó como herramienta de reaseguro de derechos populares. Eventualmente, y la segunda mitad de la década de 1990 mostró esta nueva transformación, se le reconstruyó como un instrumento de control social clientelar y, de ser necesario, de contención social para la prevención de estallidos sociales.

Esta última función, la de contención social, cobró importancia ante el impacto sociopolítico de la irrupción de los movimientos de desocupados,² generados por millones por la desestructuración de la estructura industrial y el desguace de las redes de seguridad social simultáneamente.

Esta función de contención social de los sectores expulsados de la estructura productiva y de la relación salarial, reducidos a niveles de lucha por la subsistencia, rápidamente adquirió peso en la estructura del Estado, vinculado y articulado con la reproducción del aparato político tradicional. De esta manera, no todos los trabajadores expulsados del mercado de trabajo quedaron librados a sus propios medios para sobrevivir, sino que debieron ser asistidos por el Estado para evitar o morigerar el estallido social que finalmente, como profecía autocumplida, estalló en diciembre de 2001. Si bien esto intentó implementarse en un principio mediante la simple distribución de los llamados planes sociales a través de las redes de clientelismo político –en una suerte de keynesianismo de bajísima intensidad, pues no se buscaba revitalizar la economía mediante el pleno empleo sino moderar la presión social con el simple expediente de evitar la inanición y, al mismo tiempo, mantener un

² Si bien el aumento de los niveles de desocupación eran claramente percibidos desde mediados de la década de 1990, las primeras expresiones de movilizaciones de los desocupados se dieron recién en 1996 y 1997 en el interior del país, en los “piquetes” de Cutral-Có y Tartagal. Los primeros piquetes importantes en el área metropolitana de Buenos Aires se vieron hacia el final del gobierno de Menem y el principio del de la Alianza, especialmente en el sur del Gran Buenos Aires y en el partido de La Matanza.

control social del hambre—, la realidad mostró pronto la insuficiencia e irrealidad de este esquema.

A medida que las redes de asistencia se mostraron insuficientes, pues, a pesar de destinarse cada vez más recursos a su ampliación y sostenimiento, la desocupación producida por la desindustrialización acelerada de la economía crecía varias veces más rápido que los recursos y las estructuras creadas para contenerla, los sectores populares unificados socialmente bajo la categoría de “desocupados” comenzaron a organizarse y presionar por sus reclamos. Esto produjo innumerables formas de organización y la proliferación de experiencias de microempresas, cooperativas y autogestión —legítima o verticalmente impulsada desde organizaciones políticas o, a partir de la crisis final del modelo, desde el propio Estado. Pero fueron los llamados piqueteros, los movimientos de trabajadores desocupados que adoptaron tácticas de confrontación con el Estado a través de los cortes de rutas y calles, quienes llamaron la atención social y mediática a partir de sus acciones.³ El acceso a “los planes”, es decir, a la ayuda económica de subsistencia que el Estado comenzó a repartir como herramienta más importante de contención social en las postrimerías del gobierno de Menem, fue el principal objetivo de los movimientos, que reconocían indirectamente, de esta manera, la imposibilidad momentánea de modificar la política económica neoliberal, al mismo tiempo que, por otra parte, se constituían en los primeros que lograban arrancarle algún tipo de concesión al neoliberalismo radical, hasta ese momento incólume frente a cualquier tipo de lucha social.

En el mismo plano y como contracara de la misma dinámica, el llamado sector informal de la economía (venta ambulante, ferias, trueque, horticultura de subsistencia, etcétera) estructurado en forma no asalariada, creció en forma exponencial. Todo este fenómeno complementó, además, la expansión de multitud de formas y manifestaciones de trabajo precario, incluyendo los avances del capital sobre la propia fuerza de trabajo asalariada formal, mediante la anulación de conquistas laborales y la cooptación o derrota de las organizaciones sindicales.

³ Para un estudio del surgimiento y evolución de los movimientos piqueteros, véase Svampa y Pereyra (2003).

Entre otras cosas, lo que logró la clase dominante fue transferir al Estado el costo político y económico de la contención social y la subsistencia de los sectores sociales que no tenían lugar en la nueva estructuración de la economía nacional, abaratando además el costo de la fuerza de trabajo que consiguió mantenerse bajo relación de dependencia, reduciendo al mínimo el financiamiento que, mediante aportes empresarios y la enorme estructura social del Estado de bienestar, funcionaba como aporte extrasalarial a la calidad de vida de los trabajadores. No sólo esto desapareció sino que, incluso, pasó a ser un negocio más para el sector privado, reforzando también las estructuras sindicales cómplices del modelo.

Al mismo tiempo, la hegemonía neoliberal generó en tiempo récord una sociedad dual que, a diferencia de los conflictos de clase de otras etapas del capitalismo, no incorpora esta dinámica como parte necesaria de las relaciones sociales de producción, sino que busca separarla incluso espacialmente: la conflictividad social más aguda pasa a darse fuera del espacio laboral. El factor disciplinador del desempleo estructural es también un poderoso vector de aplacamiento de conflictos.

Los movimientos sociales que surgen de esta situación se organizan, de alguna manera, en los márgenes de la confrontación de clases, la lucha por la mera supervivencia, presionando sobre el Estado pero también sobre los sindicatos y los trabajadores que permanecen dentro de la estructura laboral, sometidos por la fuerza de la situación y a veces por propia complicidad al retroceso permanente frente al poderío de las patronales.

LA CRISIS ARGENTINA DE DICIEMBRE DE 2001

Después de una década de alineación incondicional a los dictados del Consenso de Washington, el llamado modelo neoliberal argentino comenzó a dar muestras de agotamiento cada vez más fuertes durante el efímero gobierno de la Alianza (1999-2001). La sociedad argentina había sufrido una violenta transformación social y económica que cambió sustancialmente el perfil del país, implementado a través de una política que combinó la privatización de las principales empresas públicas, la desindustrialización, la valorización financiera como modelo casi exclusivo de acumulación,

la apertura indiscriminada de la economía, la desregulación, la precarización laboral y la fijación del tipo de cambio. Estas herramientas fueron precedidas por la derrota de los principales conflictos mediante los que los trabajadores intentaron enfrentar los primeros pasos de este proceso, y el disciplinamiento social a partir de la brutal hiperinflación que se desató en las postrimerías del gobierno de Raúl Alfonsín (en 1989), facilitando de esta manera la hegemonía política neoliberal.

El gobierno encabezado por Fernando de la Rúa se encaminó rápidamente a una crisis política sin precedentes, desatada por su propia ineficacia y por su incapacidad para hacer lo único posible para empezar a escapar de la aguda recesión y crisis social estructural a la que el periodo anterior había conducido al país: salir de la trampa de la ley de convertibilidad.⁴ A pesar de la enorme aceptación social de los aspectos monetaristas de la ley, que permitía que los sectores medios y altos tuvieran acceso a bienes de consumo importados y viajes al exterior con el tipo de cambio barato, las consecuencias de la renuncia explícita del Estado argentino a tener una política cambiaria propia y, de hecho, al manejo de su moneda, dejaban atados de pies y manos al gobierno aliancista ante los dictámenes del FMI y otros organismos financieros internacionales, las presiones indiscriminadas de los grandes conglomerados económicos, el pago de enormes sumas de deuda externa sin capacidad mínima de negociación y a seguir, en síntesis, un rumbo de colisión de la economía sin posibilidad de reacción.

⁴ La ley de convertibilidad fue la principal herramienta utilizada por el ex superministro de economía menemista Domingo Cavallo para implementar la fórmula neoliberal y, al mismo tiempo, obtener la aprobación de los sectores medios. La ley fijaba la paridad cambiaria entre el peso argentino y el dólar, colocando un tipo de cambio bajo que perjudicaba las exportaciones y favorecía, junto con la casi total eliminación de las barreras arancelarias –salvo para algunas industrias, como la automotriz, de capitales transnacionales–, las importaciones. De esta manera, la industria nacional fue prácticamente destruida a favor de la importación de todo tipo de bienes de consumo, provocando la masivización de los despidos. Al mismo tiempo, la estabilidad consecuente de esta fijación del dólar y las ganancias extraordinarias que la valorización financiera le reportó a los sectores concentrados de la economía acabaron con la espiral inflacionaria, abriendo paso a un periodo de estabilidad cambiaria y de precios –ya que la referencia de los precios estaba fijada de hecho en la moneda estadounidense–, convirtiéndose este factor en el principal argumento de sustentación de la aceptación masiva del neoliberalismo por enormes sectores de la sociedad argentina.

A la pérdida de capacidad de gestión económica se le sumaba la pasmosa inmovilidad de la política social de un gobierno que había generado expectativas de cambio (moderadas pero expectativas al fin) en cuanto a las condiciones sociales y la generación de puestos de trabajo para los sectores de la población más golpeados. Los planes sociales aumentaron y el gobierno osciló espasmódicamente entre la concesión frente a las movilizaciones cada vez mayores de las organizaciones piqueteras (que adquirían masividad y fortaleza crecientes) y el intento de demostrar dureza frente a los movilizados a través de una inflexibilidad que llevaba inexorablemente a la represión. La crisis del gobierno, que empezó a manifestarse con la renuncia del vicepresidente "Chacho" Álvarez, a menos de un año de su triunfo electoral, y el fracaso de la política económica, redundó en la reafirmación en el error con la incorporación del creador de la convertibilidad, Domingo Cavallo, como ministro de economía de la Alianza. El resultado fue la aceleración de la debacle, de la cual el "corralito", la confiscación de depósitos bancarios de los pequeños ahorristas, fue sólo el acto final –porque los grandes, por supuesto, sabían lo que se venía y empezaron la corrida bancaria con el retiro de capitales antes de la sanción de la disposición.

Es interesante observar que aún no hay un acuerdo en la interpretación de las causas y las características de la rebelión que sobrevino días después. De la visión conspirativa a la de la situación revolucionaria hay una multiplicidad de análisis que enfatizan más o menos en alguno de los complejos factores que intervinieron. Está claro que no se trató de un mero golpe de Estado o manipulación de aparatos para hacer caer el gobierno, pues lo enorme de la movilización social registrada no es difícil sino imposible de ser explicada de acuerdo con estas concepciones que le otorgan un lugar central a la conspiración de sectores políticos opositores que querían hacerse cargo del poder del Estado, en un momento en que el Estado argentino, por otra parte, estaba en la mayor situación de debilidad institucional, inédita en décadas. Pero, por otro lado, los análisis que hacen hincapié en la movilización popular y en el papel de los movimientos y organizaciones sociales no siempre dan cuenta de la heterogeneidad de los sectores implicados y la diversidad de sus intereses. ¿Cuál fue el papel real de los movimientos sociales en la rebelión de diciembre de 2001?, ¿cuáles fueron los sectores sociales implicados, cómo se articularon y cuáles sus intereses? Intentaremos

responder brevemente a estas preguntas para poder analizar a partir de ahí el periodo posterior a la caída de De la Rúa y la situación de los movimientos sociales hasta el comienzo del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

Un breve relato de los acontecimientos permite comenzar a dar algún esbozo de respuesta a estos interrogantes. A la implantación del “corralito bancario” en los primeros días de diciembre siguió un tiempo de confusión en el que la población no terminaba de entender los alcances de la medida. Largas colas se formaban en los bancos para tratar de retirar lo que se podía, hasta que finalmente se comprendió que, más allá de los discursos, Cavallo y De la Rúa habían confiscado los depósitos. La consecuencia fue una fenomenal retracción de toda la actividad económica y especialmente la falta de circulación de dinero en efectivo. Esto impactó directamente en los sectores más pobres, ajenos totalmente a la bancarización de la economía y al ahorro, pero dependientes de las pequeñas sumas de dinero que obtenían del trabajo precario e informal. La desaparición repentina del circulante provocó, en estas amplias capas marginalizadas y pauperizadas a lo largo de diez años de neoliberalismo radical, la incapacidad total de consumir y acceder a los mínimos recursos de subsistencia.

Este efecto operó principalmente en los sectores populares no organizados en los movimientos que hasta aquel momento monopolizaban la movilización, la desesperación suficiente como para empezar a intentar apropiarse de los medios de subsistencia por mano propia: comenzaron así los primeros saqueos a supermercados y comercios de mercaderías básicas. Si estos hechos fueron o no provocados o manipulados por conspiradores es relativamente anecdótico ante la magnitud que tomaron. En dos o tres días los saqueos de supermercados y comercios minoristas (los grandes hipermercados fueron por lo general protegidos por la policía) se generalizaron y llevaron al pánico al gobierno y a los mismos sectores medios que habían sido afectados por el corralito y cuyo humor social era cada vez peor.⁵ La torpe respuesta de De la Rúa

⁵ Aunque se destaca como ejemplo de solidaridad social en los días posteriores a diciembre la consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, existen también numerosos ejemplos del miedo provocado por supuestas avalanchas de “negros” que se venían desde el conurbano hacia la capital, influyendo en proporción no menor en

ordenando el 19 de diciembre el Estado de sitio detonó la protesta masiva. El cacerolazo, que ya el día anterior estaba empezando a sonar como expresión del descontento de las clases medias en grandes zonas de la capital, se convirtió en una protesta masiva que ganó las calles, copó la Plaza de Mayo y forzó al gobierno a la única respuesta que le quedaba para intentar seguir en el rumbo suicida que había adoptado: la represión.

El 20 de diciembre, la pugna entre miles de manifestantes no organizados y la policía por el espacio simbólico de la manifestación política argentina, la Plaza de Mayo, se resolvió en una enorme batalla callejera que culminó con varios muertos y la renuncia de De la Rúa. Cientos de miles de personas estaban en las calles y el Estado había perdido todo control de la situación. La única institución visible era la Policía, mientras una enorme proporción de la población de la ciudad de Buenos Aires enarbolaba el grito de “¡que se vayan todos!”. Pero, ¿quiénes se movilizaron y a qué se referían con “todos”?

Para el 2001, la debilidad del movimiento obrero organizado era notoria, debido a la enorme pérdida de puestos de trabajo, la precarización del trabajo y el descenso en la tasa de sindicalización. Los sindicatos, con la excepción de la Confederación General del Trabajo (CGT) oficial, habían protagonizado varios paros nacionales en los últimos años del gobierno menemista y se habían plegado y hasta convocado a los piquetes de las organizaciones de desocupados, pero ninguna de las alas del movimiento sindical que habían participado de estas protestas –el Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA) conducido por Hugo Moyano y la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA)⁶ tuvieron un papel digno de destacarse en la

las protestas de la clase media, que adjudicaba a la inacción e inutilidad del gobierno y “los políticos” la falta de contención de los pobres que provocaba el peligro de saqueos en zonas más acomodadas. De hecho, en la percepción de grandes sectores de la población, los saqueos representaron palpablemente el fracaso total de la clase política en la formación de un país viable social y económicamente.

⁶ LA CGT se había dividido a principios del gobierno de Carlos Menem y mantuvo durante gran parte de la década una pasividad asombrosa ante la pérdida de su base social, los trabajadores asalariados. Los sindicatos “empresarios” proliferaron, participando incluso del proceso de privatizaciones masivas y dejando de lado los intereses mínimos de los trabajadores. En 1991 se separó una fracción asentada básicamente en los gremios de empleados estatales, que posteriormente formó la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), que propugna un nuevo modelo sindical

movilización de diciembre. No fueron convocantes ni organizadores. Por el contrario, se quedaron sin reacción, siendo testigos pasivos mientras la lucha callejera se desarrollaba ante sus ojos. La CTA, particularmente, fue superada por las circunstancias y mostró una actitud dubitativa que contrastó con su historia y la actividad que había mostrado pocos días antes desde el Frente Nacional contra la Pobreza (Frenapo), un conglomerado de organizaciones y personalidades que había realizado un plebiscito callejero proponiendo una serie de medidas antineoliberales que había recolectado tres millones de adhesiones a fines de noviembre.⁷

Los movimientos de desocupados, cuyo baluarte era el Gran Buenos Aires y que estaban acostumbrados a las movilizaciones frente al despliegue represivo, se mantuvieron por lo general al margen de los saqueos, por convicción ideológica y resguardo organizativo, a pesar de haberse en gran parte movilizado frente a la situación. No fueron, por lo tanto, los promotores de la ola de saqueos que llevaron a De la Rúa a la declaración del Estado de sitio, aunque seguramente muchos de sus militantes y adherentes participaron de esas acciones. Por distancia social y geográfica, tampoco participaron de los cacerolazos de la clase media.

Las organizaciones políticas, principalmente las de izquierda, reaccionaron movilizando sus militantes el 20 de diciembre, sin haber participado en forma organizada de la jornada anterior, que se caracterizó justamente por la espontaneidad y la presencia abrumadora de sectores no organizados ni encuadrados de forma

e incorpora a los desocupados con plenos derechos. El MTA, con eje en los sindicatos de transporte, por su parte, sin cuestionar el modelo sindical tradicional, se opuso a la complicidad con el menemismo y convocó a varias grandes movilizaciones junto con la CTA. Sus dirigentes ganaron la conducción de la CGT en las postrimerías del menemismo.

⁷ Hay muchas razones para explicar esta conducta. La CTA, a diferencia de la CGT, llamó a movilizarse el 20 de diciembre, pero su columna organizada –sin perjuicio de que muchos militantes estuvieran en las calles– no pudo atravesar el cordón policial y retrocedió hasta el local de ATE Nacional. Proteger a sus militantes en una situación confusa de violencia callejera pudo haber sido una razón para esta conducta. No comprender del todo la situación, otra. Lo que queremos remarcar no es una supuesta “traición” de la CTA, sino su incapacidad de dirigir algo que era imposible de ser dirigido.

alguna. Al contrario, la característica más importante del cacerolazo y la movilización del 19 de diciembre por la noche fue la ausencia de conducción política, de consignas elaboradas y el repudio mayoritario a la política y los políticos, incluyendo a la izquierda.⁸ El 20 la presencia de organismos de derechos humanos, algunos partidos de izquierda y militantes sueltos se hizo notoria en los alrededores de la Plaza de Mayo y en la forma de organización de la lucha callejera, aun cuando el componente organizado fue manifiestamente minoritario.

El partido más importante de la oposición y ganador de las elecciones celebradas poco tiempo antes,⁹ el Partido Justicialista, al que los aliancistas adjudicaron un papel protagónico en la rebelión, se dejó ver poco por la Plaza de Mayo, aunque es probable que haya tenido un rol organizador y convocante mucho más fuerte en el conurbano. Sin embargo, y a pesar de los testimonios contradictorios, está claro que no fue un factor decisivo en la movilización,¹⁰ aunque por su peso institucional fue el único en condiciones de capitalizar la

⁸ Uno de los episodios más impactantes del 20 de diciembre por la mañana fue ver a la policía montada cargando contra las Madres de Plaza de Mayo. Sin embargo, la noche anterior, la presencia de las mismas Madres en la plaza en medio de la manifestación espontánea del cacerolazo había sido objeto de repudio e insultos por parte de los manifestantes. Algo similar pasó con los partidos de izquierda que se animaron a ir con sus banderas a la movilización. Esta sensación de que el “que se vayan todos” también incluía a la militancia política de izquierda o ligada a los movimientos populares –a pesar de que ostensiblemente habían estado históricamente alejada del poder– explica parcialmente el comportamiento de la CTA y otras organizaciones de no salir activamente a participar de las movilizaciones del 20.

⁹ En octubre de 2001 se produjo una elección legislativa en la que el gobierno aliancista salió absolutamente derrotado, pero en la que la característica principal fue el llamado “voto bronca”: un masivo rechazo a la política en forma de voto en blanco o impugnado, a niveles de record histórico –cerca del 30% en la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires, algo menos en el total del país.

¹⁰ Uno de los indicadores más impresionantes de la escasa participación de organizaciones en la movilización de diciembre es la procedencia de los alrededor de 35 muertos que produjo la represión policial entre el 18 y el 20 de diciembre. Casi ninguno tenía alguna pertenencia orgánica, con la excepción de “Pocho” Lepratti, un militante de la CTA que fue ejecutado a quemarropa por la policía de Santa Fe por intentar calmar la represión cerca de un comedor infantil en Rosario, y “Petete” Almirón, militante de la Correpí, un organismo de derechos humanos. También murió un motociclista vinculado al incipiente y juvenil sindicato de mensajeros en moto. El resto de los asesinados y heridos no pertenecían a ningún tipo de organización social ni política, cuando la mayoría de las víctimas de la violencia represiva en los años anteriores era miembro de organizaciones piqueteras o sindicales.

caída de De la Rúa, nombrando el gobierno provisional merced a su mayoría en el parlamento. Pero la crisis política no dejó de alcanzarlo, pues debieron pasar tres efímeros presidentes justicialistas hasta poder consolidar a Eduardo Duhalde como presidente interino.

Esta enorme superación de la política organizada e institucionalizada –incluyendo en ella a los movimientos sociales cuya característica era, justamente, su lugar marginalizado en la estructura política e institucional– por la movilización gigantesca de sectores sociales habitualmente pasivos en la arena política, puede verse también en el reverso de los reclamos esbozados por las escasas consignas gritadas por los manifestantes. Si la actividad política, aun la más básica, implica la lucha por objetivos propositivos de sus protagonistas, reivindicaciones, intereses y programas, alguna idea de para qué y por qué se desarrollan las acciones y movimientos, la gran masa que protagonizó el 19 y 20 de diciembre no parecía ponerse de acuerdo más que en “que se vayan todos”. Esos todos eran, de alguna manera, los protagonistas de la vida política del país que, como hemos repasado, estuvieron ausentes de su habitual protagonismo en estos días.

Quizá, entonces, no hay término más adecuado para estas jornadas que “revuelta”, una reacción masiva e invertebrada, combinación y articulación de sectores sociales diversos con intereses contradictorios, que hicieron inviable un gobierno y cualquier tipo de conducción política, pero no tenían ni podían tener clara idea de hasta dónde podían llegar y cuáles podrían ser los remedios para los males contra los que protestaban. Ninguna organización pudo darle dirección a esa revuelta y ninguna pudo capitalizarla después, por lo menos hasta que la situación se fue descomprimiendo por la misma ausencia de claridad de fines, objetivos y pasos a seguir, y la institucionalidad del Estado logró reconstruirse lo suficiente para permitir una cierta gobernabilidad. Es en este momento, cuando baja la marea de la movilización espontánea, donde la movilización organizada –los “nuevos movimientos sociales”– logra adquirir otro protagonismo y convertirse, por un breve periodo, en un factor decisivo de la vida política.

Entonces, si los grupos y movimientos organizados no fueron los que estructuraron a su alrededor las protestas, es necesario tratar de determinar cómo es que éstas se articularon. Es importante señalar que ninguno de los sectores sociales movilizados, por sí solos, sin

organización, sin dirección y sin programa, tenía la capacidad de tirar abajo un gobierno y dejar por unos días al país sin capacidad institucional. El Estado argentino se redujo por unas semanas a una mínima expresión, a sus impulsos vitales básicos. Durante un tiempo, solamente los cuerpos represivos y algunos niveles de la burocracia atinaron a seguir funcionando. La actividad económica se paralizó casi totalmente, con los bancos asediados por los furiosos ahorristas, tapiados y convertidos en fortalezas, los negocios cerrados por miedo al saqueo, especialmente en los barrios pobres. En presencia de un movimiento organizado con objetivos claros y cierta legitimidad social, la crisis política y económica simultánea tendría que haber evolucionado en crisis revolucionaria. Sin embargo, eso no ocurrió, sino que fueron los sectores concentrados de la economía los que pudieron aprovechar la debilidad del gobierno y el Estado social caótico para conseguir medidas a su favor que agravaron aún más la situación de los sectores populares y permitieron, mediante una megadevaluación y la pesificación asimétrica, una transferencia brutal de recursos de los trabajadores a la cima de la pirámide socioeconómica.

Entonces, fue la articulación simultánea de la movilización y protesta de sectores sociales diversos y con intereses contrapuestos lo que hizo caer un gobierno débil y tambalear toda la estructura institucional de la Argentina. Simultáneamente, los preceptos ideológicos de la hegemonía neoliberal fueron abiertamente cuestionados por grandes fracciones de la población, por primera vez en muchos años. Pero en esta articulación contradictoria había intereses y visiones absolutamente distintas. Lo que le dio potencia fue, justamente, esta coincidencia y simultaneidad que impidió cualquier mecanismo político de contención o negociación e, incluso –por su masividad y legitimidad diversificada– hizo estéril la represión. La combinación de las capas más postergadas de la población movilizadas por su supervivencia con los sectores medios y medio altos que se vieron afectados directamente por la confiscación de depósitos pero que, sobre todo, veían cómo se desvanecían sus posibilidades de mantener y aspirar a un nivel de vida que creían haber alcanzado en los buenos tiempos de la convertibilidad –es decir, la esfumación del contrato social imaginario del ascenso social fundante de los grandes movimientos políticos del siglo XX– fue la inédita alianza social que hizo evaporar

por un instante la capacidad del Estado de mantenerse a sí mismo. Prácticamente sin fuerzas sociales que lo apoyasen, el gobierno aliancista se derrumbó estrepitosamente, arrastrando consigo a casi toda la clase política, que tardó años en recuperarse, parcialmente, del impacto.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El panorama social inmediatamente después del 20 de diciembre, en la rápida sucesión de cinco presidentes y la continuidad de las movilizaciones masivas, los cacerolazos y el repudio generalizado a la “clase política”, es el que fascinó a intelectuales políticos y académicos de todo el mundo y que alimentó infinidad de especulaciones generalmente sin fundamento empírico ninguno. Las organizaciones salieron de su asombro y su letargo y se incorporaron rápidamente a lo que empezó a ser interpretado en clave de los “nuevos movimientos sociales”: las asambleas vecinales, los movimientos de desocupados y las empresas y fábricas ocupadas por sus obreros en defensa de las fuentes de trabajo, que pronto se conocieron como empresas recuperadas (Palomino, 2003; Pereyra, 2008; Galafassi, 2004). Salvo las asambleas, ninguno era un fenómeno nuevo¹¹ y estaban además claramente vinculadas con el mundo del trabajo y las luchas organizadas de los trabajadores por no dejar de serlo.

Además de éstos, otros fenómenos sociales completaron un panorama de movilización sin precedentes. Entre éstos podemos mencionar los núcleos de trueque, donde la gente intentaba suplir la falta de recursos y la crisis de la moneda por el intercambio organizado de bienes, servicios y trabajo, utilizando una estructura de comercio no monetaria, aunque pronto el sistema inventado para establecer equivalencias de valores de cambio –es decir, un dinero alternativo y no oficial, con papeles llamados “créditos”–, sucumbió a las presiones de las leyes del mercado, desnaturalizándose en una espiral de acumulación privada e inflación.

¹¹ Hemos detallado y analizado en varios textos el surgimiento de este fenómeno de defensa del trabajo mediante la autogestión de la producción y su surgimiento a mediados de la década de 1990 (Ruggeri, 2003, 2004, 2005, 2009).

Las asambleas aparecieron como hongos por toda la ciudad de Buenos Aires y en algunos barrios del conurbano, especialmente entre los sectores medios, como forma de canalizar un estado social deliberativo y como respuesta a la necesidad de superar la crisis política sin recurrir a los medios tradicionales de la acción política. Pero pronto se vieron sus limitaciones y la diferencia de masividad del movimiento asambleario respecto de la movilización que se generaba en los cacerolazos que se prolongaron durante los meses de verano, aunque fueron disminuyendo su intensidad y su masividad hacia febrero.

Las asambleas aparecieron como la manifestación organizada de esta movilización, pero pronto se hizo evidente que entre los "vecinos" que se plegaban a sus debates había una altísima proporción de gente politizada, activistas de partidos de izquierda, ex militantes o que habían tenido algún tipo de participación política en el pasado. De este modo, las asambleas encontraron un vínculo con la historia de las luchas políticas y sociales urbanas de los treinta años anteriores, y aún más, condensaron una densidad política y discursiva que iba bastante más allá del componente de las movilizaciones masivas de diciembre y días posteriores. Pronto fue quedando el elemento más radicalizado y vinculado a estas experiencias políticas, y las asambleas perdieron capacidad de movilización, a la par que el sistema político se recuperaba y el Estado retomaba el control de la situación. Algunos partidos de izquierda contribuyeron enormemente al agotamiento de las asambleas, al disputar ferozmente el control del discurso y la representación delegativa a instancias supuestamente federativas de organizaciones cuyo fuerte era, justamente, la democracia directa y no la representativa. Ahuyentaron así al "vecino" y fomentaron la permanencia del militante.¹² Es decir, convencieron

¹² Algunos partidos trotskistas interpretaron que diciembre de 2001 equivalía al "febrero" de 1917. Por lo tanto, las asambleas eran los "soviets" y los revolucionarios deberían tomar el control de los soviets para poder provocar "octubre". Reemplazaron la famosa consigna leninista de "todo el poder a los soviets" por "que gobiernen las asambleas populares" y, por lo tanto, fueron a conseguir el dominio de las asambleas/soviets tal cual los bolcheviques lo hicieron en 1917. En esta interpretación delirante de la realidad, que contribuyó no poco a acelerar el proceso de descomposición de las asambleas, no faltaba nada: los simpatizantes de la CTA y los sectores organizados en

a los convencidos, sin poder avanzar en el saldo organizativo de la experiencia. Algunas, sin embargo, se convirtieron en enclaves de militancia vecinal que sobreviven años después.

Los movimientos de desocupados aumentaron su fuerza y capacidad de organización en niveles poco previsible unos meses antes. Se organizaron en diferentes tendencias que, a diferencia de las asambleas, respondían a diversas organizaciones y conducciones políticas. La situación era de tal desesperación para millones de personas que la pertenencia a una organización podía ser la diferencia entre la inanición o la sobrevivencia. Los movimientos era la forma más directa de acceso a los planes sociales y al trabajo informal en pequeñas cooperativas y microempresas. Se convirtieron en la forma más efectiva de canalización de la necesidad y la transformaron en una formidable arma de movilización. Llegaron, sin embargo, a un punto de inflexión en su enfrentamiento con el tambaleante Estado argentino, con el asesinato de dos militantes de la Corriente Aníbal Verón el 26 de junio de 2002, en lo que se conoció como la masacre del Puente Pueyrredón. El gobierno de Duhalde, que se pensaba fortalecido por una relativa estabilización de la situación económica y la recuperación institucional, pretendió avanzar en una dirección represiva –concebida, además, para horadar aún más el apoyo de la clase media a los piqueteros– y debió, a consecuencia de la reacción y la movilización social que provocaron estas muertes,¹³ renunciar a su proyecto de permanecer más tiempo en el poder y llamar a elecciones presidenciales para abril de 2003.

La situación de movilización se prolongó durante todo el conflictivo año 2002. El movimiento de empresas recuperadas creció mediante la ocupación de cerca de 80 empresas y fábricas que

el Frenapo eran los equivalentes de los mencheviques a los que había que derrotar en los soviets y desenmascarar. Lamentablemente para ellos, ni Duhalde era Kerensky ni los trotskistas argentinos los bolcheviques.

¹³ El asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki por la policía bonaerense intentó ser presentado como producto de una “interna piquetera”, en una burda maniobra de los servicios de inteligencia policiales y del Estado nacional, cubierta por una masiva campaña mediática desbaratada por las filtraciones de imágenes de los propios medios, donde se apreció claramente cómo los piqueteros eran asesinados por la policía en la estación Avellaneda. Una buena investigación de este tema fue hecha por los propios compañeros de los asesinados (véase MTD Aníbal Verón, 2003) y en el documental “La crisis causó dos nuevas muertes”, de Patricio Escobar y Damián Finvarb (2006).

pasaron a ser gestionadas por sus trabajadores durante el transcurso del año,¹⁴ los movimientos piqueteros se estructuraron en tres o cuatro grandes tendencias y comenzaron a incursionar en el terreno de la economía informal y asociativa, aun en forma incipiente, y las organizaciones sindicales recuperaron protagonismo. La impugnación a la política y a los políticos fue disminuyendo con el correr de los meses, después de haber obligado a los representantes más conocidos de los partidos mayoritarios a refugiarse de la exposición pública, pues corrían el riesgo de ser apaleados por la gente. El cuestionamiento no se redujo a los políticos: los jueces de la Corte Suprema de Justicia, identificados con el menemismo, fueron objeto de “escraches” semanales durante varios meses, en reclamo de su renuncia o destitución.

Los bancos también sufrieron la indignación popular y las agresiones de los “ahorristas”, los propietarios de los depósitos atrapados por el “corralito” de Cavallo, que fue refrendado y ampliado por el gobierno de Duhalde. La pesificación de los ahorros fue rechazada con indignación por los furiosos ahorristas, que caceroleaban frente a los bancos y los atacaban a golpes como obsesos.

El movimiento de ahorristas adquirió masividad y fue mucho más persistente que las asambleas, atacó al corazón del sistema financiero del capitalismo, fue radical en sus reclamos y sus métodos. Sin embargo, es difícil que sea mencionado entre los “nuevos movimientos sociales”. Según las definiciones generalmente aceptadas, éstos se organizan a partir de reivindicaciones sectoriales que no se vinculan estrictamente con el lugar que ocupan sus protagonistas en la estructura de clases, pudiendo atravesar verticalmente la pirámide clasista, organizándose autónomamente y sin buscar necesariamente la confrontación directa con el Estado o las élites de poder (Pereyra, 2008). Los ahorristas ciertamente no buscaban la confrontación con el Estado, sino recuperar su dinero, no se organizaban de forma tradicional, sino simplemente por el interés común y la presión y la acción directa sobre el gobierno y los bancos que identificaban como los culpables de la situación. Pero su radicalidad no se dirigía contra el sistema económico y social, sino contra lo que podríamos llamar un mal funcionamiento de éste,

¹⁴ Datos del Programa Facultad Abierta, FFyL-UBA. Véase Ruggeri, Martínez y Trincherro (2005).

un subproducto no de la esencia del capitalismo, sino de la falta de simetría de su forma subdesarrollada en Argentina. A medida que la gente fue logrando vulnerar, de mejor o peor manera, el “corralito” y que la situación económica se normalizó en los años siguientes, el movimiento se fue desarticulando, y los bancos recuperando su nivel de actividad.

Una de las cuestiones que sigue sin ser, a mi entender, del todo apreciada en la evaluación de la gran movilización de diciembre de 2001, es el componente ideológico neoliberal que operó en gran parte de los sectores medios que participaron del cacerolazo y la significación profunda del rechazo a la política que se manifestó con tal violencia que alcanzó incluso a aquellas organizaciones y actores políticos históricamente excluidos del poder. Uno de los componentes más poderosos e inesperados de la revuelta fue la participación masiva de aquellos que se habían mantenido escrupulosamente ajenos a toda manifestación política, no sólo durante los años precedentes, sino durante la totalidad de sus vidas. La reivindicación por parte de numerosos manifestantes de su condición de “gente común”, que “nunca estuvo en política”, recordaba poderosamente al “no te metás” que imperó en gran parte de la sociedad argentina como forma de demostrar indiferencia (que en algunos casos disimulaba o era a la vez miedo) frente a las consecuencias del terrorismo de Estado de la dictadura militar. Si bien muchas de las ideas políticas de la izquierda se vieron revitalizadas por la crisis (como el rechazo al pago de la deuda externa, a las privatizaciones, al neoliberalismo), en gran parte de los manifestantes de clase media y media alta se percibía claramente que la censura hacia “los políticos” era, en parte, por no haber podido mantener las ventajas de acceso al consumo y a la capacidad de ahorro en divisas de la convertibilidad. El miedo a la devaluación y a la pérdida de los dólares impulsó a los poseedores de pequeñas cantidades de divisas a la corrida cambiaria que era lo que Cavallo intentaba evitar con el corralito, a atacar los bancos y a empuñar la cacerola, aunque por supuesto no fue el único ni el universal motivo de la movilización de los sectores medios.

Pero el personaje del ciudadano indignado, que paga sus impuestos y trabaja, traicionado por la inutilidad y corrupción de sus representantes “los políticos”, transformado en un manifestante anónimo y verdaderamente legítimo porque, a diferencia del grueso de los manifestantes que protagonizó las luchas políticas y sociales

del último siglo, no hace política, se convirtió, a pesar de sí mismo, en el arquetipo de una nueva clase de actor político. Con pretensión de no ser manipulado políticamente, de no pertenecer a ningún tipo de organización, de ser el verdadero “pueblo”, el que trabaja por el país, con vocación de ser un freno a los abusos de poder que perjudican al ciudadano común, se transformó en el componente básico de la movilización que no responde a la definición de la movilización: el “movimiento social de derecha”. Este ciudadano individualista y protestón, enemigo de las causas sociales que no sean la propia, negador de toda política, especialmente cuando la percibe contraria a sus intereses inmediatos –reales o imaginarios– es, quizá, una figura tan universal y representativa del nuevo capitalismo globalizado neoliberal como el trabajador informal y precario. Es la representación política del consumidor: su movilización refiere inmediatamente a la defensa de sus intereses de consumo inmediatos, del derecho de propiedad en términos de calidad de vida, indiferente a si el resto de la sociedad disfruta o no de los mismos niveles de consumo y de si la causa de sus miedos e inseguridades no remite a esa diferencia social de la cual se siente orgulloso, que resume sus aspiraciones y que no quiere resignar por nada del mundo.

Este ciudadano indignado fue también protagonista de la movilización de diciembre de 2001. Su importancia quedó soslayada por la potencia de la protesta y los efectos fulminantes que tuvo sobre el sistema político y por la fuerza de los movimientos organizados que surgieron en las clases desposeídas. Frente a la violencia de los que no tenían nada, los pequeños propietarios se rebelaron frente a la inutilidad de los gobernantes, que los exponían a esa violencia y vulneraban sus derechos. Poco acostumbrados a la organización de sus reclamos por vía de la protesta, los miembros de esta base social de la derecha, amplificadora de sentido común de los intereses de los poderosos, comprobaron por primera vez la fuerza del dominio de la calle y de la acción directa. El diciembre de las cacerolas creó una conciencia política, una suerte de inédito “anarquismo de derecha”, entre los sectores medio-altos de la sociedad argentina.

DE KIRCHNER A CRISTINA

El gobierno de Néstor Kirchner asumió signado por la debilidad, no sólo por la baja votación recibida (22%),¹⁵ sino por la fragilidad de las instituciones políticas del país, aún golpeadas por el *cimbronazo* de un año antes. Tuvo la habilidad, no obstante, de saber leer esa situación y aprovechar las condiciones generadas por la revuelta para fortalecerse en un sentido inesperado, avanzando en cuestiones que habían sido tabú durante la hegemonía máxima del neoliberalismo, como afirmar la primacía de la política por sobre la economía –es decir, retomar desde la política los hilos conductores del Estado, en vez de dejarlos exclusivamente en manos de los tecnócratas neoliberales–, impulsar cambios en cuanto a los derechos humanos, adoptar una táctica no represiva para las fuerzas de seguridad frente a las movilizaciones sociales y políticas, impulsar una política exterior independiente y latinoamericanista, en suma, dirigir el gobierno en un sentido opuesto a los lugares comunes de la derecha que habían imperado durante más de una década en el país.

Pero el gran cambio que expresó la presidencia de Kirchner fue la actitud hacia los movimientos populares, especialmente los piqueteros. Mientras por un lado ponían en práctica una política social de gran despliegue de recursos que, a pesar de eso, no se apartaba de la política neoliberal de la contención social, intentó la incorporación al gobierno de parte de los movimientos piqueteros, haciéndolos socios menores de su gobierno. Una política inédita, que fue leída de manera diferente por las diversas líneas de acuerdo con su respuesta frente a ella: “cooptación” para unos, “gobierno

¹⁵ En las elecciones presidenciales de 2003, el ganador de la primera vuelta fue Carlos Menem (24%), seguido de Kirchner (22%). Otros tres candidatos estuvieron entre el 15 y el 19%. Estos resultados mostraron la fragmentación política existente en el país, pero a la vez demostraron que había una alta proporción de votantes que se inclinaron por dos de los candidatos claramente neoliberales (Menem y López Murphy), quienes conjuntamente obtuvieron 45% de los votos. El balotaje entre Menem y Kirchner no se realizó por el retiro de Menem ante la segura derrota que auguraba el rechazo a su figura de casi todos los que no habían votado por él. Sin embargo, el país estuvo muy cerca de ir a una segunda vuelta entre ambos candidatos de la derecha neoliberal –las otras opciones tampoco eran de izquierda, sino entre el centroizquierda moderado y un nacionalismo confuso–, una posibilidad que provocó entusiasmo en la Bolsa días antes de las elecciones e impensable si, como interpretaron muchos intelectuales de izquierda, el país hubiera pasado por una situación revolucionaria en diciembre de 2001.

popular”, para otros. Lo que sí está claro es que esta política, junto con la descompresión de la situación económica, contribuyó grandemente a reducir al mínimo la capacidad de movilización y presión de los movimientos. Los que habían quedado fuera del esquema gubernamental, por imperio del crecimiento de las fuentes de trabajo y la lectura favorable de gran parte de su base social hacia el gobierno; los que se incorporaron, por haberse integrado sus dirigentes a la planta de los ministerios.

La política económica kirchnerista capitalizó la recuperación de una estructura socioeconómica que había tocado fondo. Con la implementación de una estrategia cambiaria que era el reverso de la convertibilidad (un tipo de cambio alto), combinada con la devaluación e inflación desarrollada en 2002, las importaciones masivas se hicieron inviables y se fomentaron las exportaciones y una lenta recuperación de la producción industrial. Dos ministerios, el de Planificación Federal, encargado de las obras públicas, y el de Desarrollo Social, recibieron una masa de recursos que se volcaron a la recuperación de la actividad económica y a la contención social masiva. Los movimientos y organizaciones sociales no encontraron, por lo menos durante un tiempo, un enemigo en el gobierno, sino una fuente de financiamiento y, por lo menos, una tolerancia hacia sus acciones, sin que esto se convirtiera en una política de fomento de las organizaciones populares. Por el contrario, para muchos el resultado fue el debilitamiento: varios de sus dirigentes se incorporaron a la función pública y dejaron de pertenecer a las organizaciones de base, otras no supieron administrar el financiamiento y se resquebrajaron o desaparecieron en medio de disputas por los recursos.

Paralelamente, la recuperación del poder de consumo de la clase media empezó a generar, paradójicamente, una toma de posición de estos sectores bastante disímil a la esperable como consecuencia de los tiempos de “piquete y cacerola”. Los sectores medio-altos comenzaron a verse a sí mismos cada vez más lejos de los protagonistas de las todavía numerosas protestas sociales. La pérdida del miedo al descenso social se transformó en rechazo por quienes se empezaron a ver como una molestia, lo cual fue fomentado por una masiva campaña mediática. Gente cuya cotidianidad no era en absoluto afectada por los cortes de calle de las movilizaciones comenzó a manifestar hartazgo por los piqueteros, a

los que se atribuían prácticamente todos los males. La interrupción del tránsito, el “caos vehicular”, pasó a ser un delito grave que exigía represión. La política de lenguaje progresista del gobierno arrancó con mucha aceptación, especialmente en relación con las cuestiones referidas a los derechos humanos y el castigo a los criminales de la dictadura, pero pronto se vio que los principales desafíos callejeros a la presidencia de Kirchner no provinieron de los movimientos sociales populares, sino de movilizaciones protagonizadas o capitalizadas por la derecha.

En abril y mayo de 2004, una multitud de entre 100 mil y 150 mil personas encabezadas por el padre de un joven asesinado en un secuestro, el “ingeniero” Blumberg,¹⁶ se movilizaron contra la “inseguridad”. La presión de esta gente apoyada por un masivo operativo mediático volvió a demostrar la fragilidad de la política: el Congreso votó improvisadas y catastróficas modificaciones al Código Penal con el objeto de calmar la situación. Las reformas fueron dictadas por la derecha, y no hicieron otra cosa que llenar las cárceles de pobres y aumentar el poder de la policía. Blumberg se convirtió en el primer líder de la derecha argentina que pudo asomar la cabeza después de la revuelta y significó el primer desafío serio para Kirchner. Aunque su credibilidad y poder de movilización bajó hasta desaparecer cuando se hizo evidente que intentó utilizar su poder de convocatoria para ser la punta de lanza de la recuperación política de la derecha (cayendo en la misma trampa del rechazo a “los políticos” que él mismo fomentó), demostró un hecho palpable: los sectores medios habían aprendido de los cacerolazos su enorme poder de movilización y su capacidad de condicionamiento hacia el gobierno y los partidos políticos. Manipulados por la corporación mediática y empresaria que está, siempre, detrás de los *leitmotiv* de la derecha, tomaron conciencia de su capacidad de movilización, aunque no siempre los resortes que la disparan son claros y repetibles. A diferencia de otras épocas de grandes movilizaciones

¹⁶ Axel Blumberg fue secuestrado y asesinado en una trama confusa donde apareció la complicidad e inutilidad policial. Su padre, Juan Carlos Blumberg, denunció esto en un principio pero pronto se vio a la cabeza de una gran movilización, fomentada por la derecha más rancia, contra la “inseguridad” y “los derechos humanos de los delincuentes”. Sus vínculos con personajes de la dictadura fueron descubiertos en el correr del tiempo, así como la utilización de un título de ingeniero que no poseía.

sociales, se encontraron prácticamente solos en la calle, ante la falta de organización y movilización de las clases trabajadoras. Además, esta movilización pasó a ser la única visible socialmente, gracias a la atención privilegiada de los grandes medios de comunicación y al propio desprecio hacia piqueteros y otros manifestantes percibidos como de un nivel social “inferior”.

Poco después surgió otra manifestación con motivaciones bien distintas, podríamos decir “progresistas”: el corte de Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos, contra la instalación de las fábricas de celulosa del otro lado del río que hace la frontera con el Uruguay. El rechazo a la contaminación que iban a producir las pasteras movilizó a todo el pueblo de la ciudad, pero la manifestación, que cortó el paso fronterizo y perjudicó económicamente al país vecino (bastante más que a las empresas de celulosa), fue dirigida por personajes de la política local y grandes empresarios, especialmente sojeros. Esta característica cuestionaba la verdadera preocupación ambientalista de la protesta y echaba un cono de sombra sobre los fines de la misma, pero básicamente se volvió a demostrar lo mismo que con el caso de Blumberg: el gobierno prefería ceder a los reclamos, especialmente si eran apoyados por los medios y la clase media, antes que enfrentarlos y someterse a la indignación ciudadana. El corte de Gualeguaychú atrajo a los intelectuales y a la izquierda por sus características asamblearias y masivas, pero no tardó mucho tiempo en mostrar facetas discriminatorias tratando de diferenciarse de los piqueteros. La radicalidad de las formas y métodos de protesta no corrió necesariamente paralela con el reclamo, que apuntaba más a los perjuicios económicos de los empresarios del turismo y los propietarios de campos que podrían ser afectados por la contaminación que al problema ambiental real o un cuestionamiento, altamente válido y minoritariamente esgrimido, al modelo de explotación económica representado por ese tipo de emprendimientos.

El corte de Gualeguaychú terminó empalmando –a través de varios de sus dirigentes– con la mayor confrontación social, posterior al 2001, vivida en el país, ya en el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, la rebelión del “campo”. No es intención ni tenemos espacio en este artículo para realizar un análisis pormenorizado de este conflicto, sino encontrar la vinculación existente entre las formas sociales que adoptó, estos movimientos

que acabamos de describir y uno de los aspectos fundamentales del 19 y 20 de diciembre. Todo lo que insinuaban las movilizaciones “antipolíticas” contra la “inseguridad” y las fábricas de celulosa del Uruguay se terminó de manifestar en 2008, a poco de asumir la presidencia la esposa de Néstor Kirchner, quien había triunfado en las elecciones pocos meses antes. Sin detenernos a analizar las causas y los detalles del conflicto desatado alrededor del intento de subir las retenciones a los exportadores agropecuarios,¹⁷ una gigantesca coalición social de derecha se articuló para golpear gravemente al gobierno, con la movilización callejera como arma principal. Las dos facetas, socialmente contradictorias, de la revuelta de diciembre, se enfrentaron alrededor de este conflicto, aunque una de las dos, la popular, no asumió totalmente como propia la postura del gobierno.¹⁸ Las patronales agrarias constituidas como Mesa de Enlace, iniciaron una espectacular cadena de movilizaciones, cortes de ruta, intentos de desabastecimiento a las ciudades y presiones de todo tipo, para torcerle el brazo al gobierno y tratar de volver a imponer una agenda afín a la derecha política y económica. La aparente fortaleza del kirchnerismo dejó al descubierto la profunda debilidad y falta de proyecto de la alianza que lo sustentaba electoralmente, cuando muchos legisladores, gobernadores y hasta el mismo vicepresidente Julio Cobos se pasaron con armas y bagajes al bando opositor, ocasionándole una derrota política mayúscula de la que no se ha recuperado y probablemente no logre hacerlo en lo que resta de su mandato (2007-2011).

Pero lo que importa destacar aquí de este conflicto es la conexión existente entre los manifestantes a favor del bloque agrario y lo que analizamos como componente fundamental de la revuelta de las capas medias en 2001. Se trata evidentemente de los mismos sectores y de las mismas herramientas de movilización. Lo que los diferencia

¹⁷ Mediante la Resolución 125, el gobierno subió las retenciones a las exportaciones agropecuarias, que estaban teniendo ganancias extraordinarias gracias al aumento de los precios de las *commodities*, básicamente la soja.

¹⁸ De hecho, la mayor parte de las organizaciones que no formaban parte de la base de sustentación del gobierno no participaron ni de una ni de otra parte, intentando mantener una postura independiente difícil de sostener en una situación de gran polarización. También hubo partidos de izquierda y movimientos vinculados a ellos que participaron activa e inexplicablemente de la movilización de apoyo a la burguesía agraria.

son sus objetivos y dirección política. Las manifestaciones a favor del “campo” doblaron en número a las que apoyaron al gobierno. Su componente social fue de clase media, incluyendo también a la élite social y la cúpula empresaria. Los intereses que defendieron quienes se movilizaron masivamente fueron claramente contrapuestos a los propios, pero subsumidos a una hegemonía ideológica y cultural donde se condensaron todo el furor contra “los políticos”, contra los “piqueteros”, contra la izquierda en todas sus manifestaciones, contra los sectores populares en general. Se repitieron sin pudor el tipo de manifestaciones racistas y clasistas que caracterizaron al antiperonismo de las décadas de 1940 y 1950, y al fascismo ultramontano de la reacción de la década de 1970. El apoyo de las empresas mediáticas fue total y ese formidable capital político fue irresistible para un gobierno que no supo o no quiso asentarse sobre la base de las organizaciones populares. Su política de división y cooptación de los movimientos sociales dejaron la arena libre para los únicos movimientos existentes, los “movimientos sociales de derecha”.

Entre estas tres situaciones posteriores al 2001 encontramos hilos conductores, tanto en el discurso reaccionario como en las características de su movilización. Como el resto de los movimientos sociales, sus componentes se movilizaron a partir de intereses puntuales, en forma efímera y no directamente vinculados a su lugar en la estructura de clases. Sin embargo, estamos hablando de gente perteneciente real o imaginariamente –es decir, que se sienten o quieren ser parte de esa mitad– a la mitad superior de la pirámide socioeconómica. Especialmente en el conflicto agrario, la mayor parte de los manifestantes urbanos estaban apoyando una reivindicación que iba objetivamente en contra de sus intereses materiales: casi ninguno de ellos tenía campo ni ninguna vinculación con lo rural, y el apoyo a un sector social privilegiado para que no pague impuestos era francamente masoquista, pues implicaba, entre otras cosas, que el Estado dejara de percibir los ingresos que le permitieron durante los años anteriores manejar la economía de forma tal que benefició, principalmente, a los mismos sectores que se manifestaban en su contra. Sin contar con que, además, uno de los posibles resultados de la confrontación fuera que el Estado decidiera acentuar la carga impositiva sobre el resto para compensar la pérdida de recaudación. Pero lo que parecía importar a la mayoría de los manifestantes

era una oposición visceral a un gobierno que era percibido como de políticos que no respondían a los intereses de la “gente”. Sin embargo, al hablar de “gente”, se referían a todos los pertenecientes a lo que difusamente llaman clase media. Un discurso derechista franco fue el denominador común de los partidarios del “campo”, término en el que se condensaba la construcción histórica y el mito fundacional del Estado oligárquico argentino.¹⁹

Otra característica interesante de estas movilizaciones es la metodología “anarquista”. Si bien sus direcciones políticas se mueven en las sombras, los participantes de las movilizaciones viven una suerte de asambleísmo, se juntan en forma aparentemente espontánea, alrededor de objetivos vagos pero que no necesitan ser explicados. Comparten el rechazo a la “inseguridad”, la “corrupción”, los “políticos”, aunque esto va mutando hacia algunos políticos, los piqueteros, los zurdos y los negros. Las formas externas son de izquierda, los contenidos de derecha. Es así que el “que se vayan todos” mutó hacia “que se vayan los K” o, simple y brutalmente, “la yegua”.²⁰

Frente a esto, los antiguos “nuevos movimientos sociales” aparecen debilitados y sin acceso a la escena pública. Los trabajadores, al compás de la recuperación económica vivida hasta la crisis local, políticamente provocada, del conflicto con el “campo”, y la más grave crisis internacional que estalló a fines de ese mismo año 2008, han recuperado gran parte de su poder de lucha y movilización, pero siguen sin ser un factor protagónico en la política nacional. Los conflictos gremiales se han multiplicado exponencialmente, las empresas recuperadas se han mantenido y han crecido en número levemente a pesar de la estabilización económica entre 2003 y 2007²¹ y la lucha por la formación de organizaciones de trabajadores más dinámicas y representativas se ha intensificado, pero a pesar de

¹⁹ Véanse algunas reflexiones acerca de estos mitos fundacionales y la construcción del Estado oligárquico en Jauretche (1982), Vazeilles (1997) y Trincherro (2000).

²⁰ Una de las características que asumió la confrontación social y política en Argentina durante el conflicto campesino fue la virulencia de los ataques hacia el oficialismo. El matrimonio Kirchner, a pesar de que cada uno de ellos fue electo por el voto popular individualmente, pasaron a ser “los K” y especialmente Cristina Fernández fue objeto de todo tipo de insultos que se vieron multiplicados por su condición de mujer.

²¹ Según los trabajos del programa Facultad Abierta, que dirige el autor de este artículo, las empresas recuperadas pasaron de 120 casos en 2003 a 205 en 2009 (Programa Facultad Abierta, 2003; Ruggeri, Martínez y Trincherro, 2005; Ruggeri, 2009).

todo ello siguen siendo un sujeto débil y con poca capacidad de interpelar a los poderes económicos.

A pesar del panorama que hemos trazado aquí, la gigantesca y poderosa movilización de los sectores medios, caracterizada por estructurarse alrededor de coyunturas donde creen ver perjudicados sus intereses, seguir los lineamientos de la derecha y no crear organizaciones estables de ningún tipo, permanece oculta al examen crítico de los científicos sociales. La ola que inunda la escena política y desaparece se invisibiliza y enmascara bajo nociones utilizadas por los medios masivos como “gente” y “consenso”, ocultándose a sí misma y acallando a las demás voces.

Es necesario, entonces, profundizar en el análisis y sacar enseñanzas de una sociedad en movimiento, donde se vive una confrontación social desorganizada y desarticulada al sector más débil, a pesar de la potencia de la revuelta del 19 y 20 de diciembre de 2001. Comparar esta situación con las luchas sociales que se viven en países con procesos de cambio mucho más profundos, como Bolivia, Ecuador y Venezuela, puede ser un ejercicio interesante y que arroje luz sobre todos los procesos políticos latinoamericanos.

La crisis argentina de 2001 fue descrita muchas veces como un anticipo de las consecuencias que puede tener el neoliberalismo desbocado, cuando logra consenso y supera sus propios límites. La situación argentina no ha llegado aún a su desenlace y las fuerzas intervinientes en la revuelta de 2001 siguen vivas. Se trata, entonces, de que las otras fuerzas sociales, las de abajo, que en aquel momento impusieron su agenda de urgencias, logren reaccionar y convertirse en fuerza organizada.

BIBLIOGRAFÍA

- Arceo, Enrique; Basualdo, Eduardo; y Arceo, Nicolás (2009), *La crisis mundial y el conflicto del agro*, La Página, Buenos Aires.
- Aspiazu, Daniel y Schorr, Martín (2003), *Crónica de una sumisión anunciada. Las renegociaciones con las empresas privatizadas bajo la administración Duhalde*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Basualdo, E.; Aspiazu, D.; Abeles, M.; Arza, C.; Forcinito, K.; Pesce, J.; Schorr, M. (2002), *El proceso de privatización en Argentina*, Página 12/Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

- Bonasso, Miguel (2002), *El palacio y la calle. Crónica de insurgentes y conspiradores*, Planeta, Buenos Aires.
- Boschi, Silvana (2007), "De la Rúa reiteró que hubo un complot en su contra", *Clarín*, 13 de octubre [http://bit.ly/9IG4b5].
- Colectivo Situaciones (2002), 19 y 20. *Apuntes para el nuevo protagonismo social*, De Mano en Mano, Buenos Aires.
- De la Maza, Gonzalo E. (1995), "Estrategias globales y políticas públicas frente a la pobreza. Chile en la primera mitad de los noventa", en Recelac, *América Latina. Los límites del ajuste y sus alternativas*, Red de Centros y Organismos Ecuménicos de Latinoamérica y el Caribe, Santiago de Chile.
- Del Cueto, Carla y Luzzi, Mariana (2008), *Rompecabezas. Transformaciones en la estructura social argentina (1983-2008)*, Biblioteca Nacional/Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Dri, Rubén (2006), *La revolución de las asambleas*, Ediciones Diaporías, Buenos Aires.
- Galafassi, Guido (2004), "Democracia en crisis, ideologías, prácticas y movimientos sociales. Algunas reflexiones a partir de la experiencia argentina de los últimos años", en R. Salazar Pérez, *Nuevas prácticas insumisas en Argentina: aprendizaje para Latinoamérica*, Libros en Red, Buenos Aires.
- Giarraca, Norma et al. (2001), *Protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza, Buenos Aires.
- Jauretche, Arturo (1982), *Manual de zoncercas argentinas*, Peña Lillo editor, Buenos Aires.
- López Echagüe, Hernán (2002), *La política está en otra parte. Viaje al interior de los nuevos movimientos sociales*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (2003), *Darío y Maxi, dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación criminal de la masacre del 26 de junio en Avellaneda*, Ediciones 26 de junio, Buenos Aires.
- Palomino, H. (coord.) (2003), "El movimiento de empresas recuperadas", *Revista Nueva Sociedad*, núm. 20-21.
- Pereyra, Sebastián (2008), *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*, Biblioteca Nacional/Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Programa Facultad Abierta (2003), "Informe del relevamiento de empresas recuperadas por sus trabajadores", Facultad de Filosofía y Letras (UBA) [www.recuperadasdoc.com.ar].
- Ruggeri, Andrés (2005), "Los trabajadores toman el control: implicancias políticas de las empresas recuperadas en la Argentina", en *Pensar a*

- Contracorriente 2*, Editorial Ciencias Sociales/Instituto Cubano del Libro, La Habana.
- Ruggeri, Andrés (2009), *Las empresas recuperadas: autogestión obrera en Argentina y Latinoamérica*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- (org.) (2009), “La economía de los trabajadores: autogestión y distribución de la riqueza”, selección de trabajos del Primer Encuentro Internacional “La economía de los trabajadores: autogestión y distribución de la riqueza”, Programa Facultad Abierta y Centro de Documentación de Empresas Recuperadas, Ediciones de la Cooperativa Chilavert.
- ; Martínez, Carlos; Trincherro, Héctor (2005), *Las empresas recuperadas en la Argentina: informe del segundo relevamiento del programa*, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Ruiz Valiente, Rolando (1998), *El neoliberalismo y su variante latinoamericana*, Ediciones de la Universidad, Buenos Aires.
- Schorr, Martín (2004), *Industria y nación*, Edhasa, Buenos Aires.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires.
- Trincherro, Héctor (2000), *Los dominios del demonio. Civilización y barbarie en las fronteras de la Nación*, Eudeba, Buenos Aires.
- Vazeilles, José (1997), *El fracaso argentino: sus raíces históricas en la ideología oligárquica*, Biblos, Buenos Aires.